

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/316879720>

El comunicador social: entre la dimensión humana y el ejercicio ético de su profesión

Chapter · January 2009

CITATIONS

0

READS

27

1 author:



Jose Luis Da Silva

Universidad Católica Andrés Bello, UCAB

42 PUBLICATIONS 3 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Gestión de la investigación y el conocimiento [View project](#)



Ética moderna y contemporánea [View project](#)

ÉTICA

PROFESIONAL

AUTORES:

JOSÉ FRANCISCO JUÁREZ PÉREZ

LORENA ROJAS PARMA

EDUARDO GARCÍA

LUDWIG SCHMIDT

JOSÉ LUIS DA SILVA

JOSÉ LEZAMA

Universidad Católica
Andrés Bello 2009



BJ1725
E9

Ética profesional / Coordinador José F. Juárez P.
-Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2009.

152 p. ; 22 cm
Incluye bibliografía
ISBN: 978-980-244-603-2

1. ÉTICA PROFESIONAL. 2. ÉTICA. I Juárez Pérez. José
Francisco. II. Título

Universidad Católica Andrés Bello
Montalbán - La Vega / Caracas
Apartado 20.332

Diseño y Producción: Publicaciones UCAB
Diagramación: Isabel Valdivieso
Diseño de carátula: Isabel Valdivieso
Corrección: Johanna Marghella
Impresión: Impresos Miniprés, C.A.

© Universidad Católica Andrés Bello
Primera edición, 2009
Depósito Legal N°: lf45920091503519
ISBN: 978-980-244-603-2

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de reproducción de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	
PROF. JOSÉ FRANCISCO JUÁREZ PÉREZ.....	5
SOBRE LOS INICIOS DE LAS PROFESIONES	
DRA. LORENA ROJAS PARMA	9
ÉTICA PROFESIONAL Y CIUDADANÍA EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS	
PROF. EDUARDO GARCÍA P.	29
HACIA UNA ÉTICA DE LOS PROFESIONALES DE SALUD EN EL SIGLO XXI	
D. PROF. LUDWIG SCHMIDT.....	49
EL EJERCICIO DOCENTE DESDE LA PERSPECTIVA DE LA ÉTICA PROFESIONAL	
PROF. JOSÉ FRANCISCO JUÁREZ PÉREZ	91
EL COMUNICADOR SOCIAL: ENTRE LA DIMENSIÓN HUMANA Y EL EJERCICIO ÉTICO DE SU PROFESIÓN	
DR. JOSÉ LUIS DA SILVA.....	115
ÉTICA, VALORES Y RESPONSABILIDAD DEL PROFESIONAL EN EL ÁREA EMPRESARIAL	
PROF. JOSÉ R. LEZAMA Q.....	133

la esperanza y la
atina. Universidad
a la luz de la teoría
el Pacífico.
cología, su método.
Madrid: Instituto
a. de ediciones.
pitalismo. Madrid:

EL COMUNICADOR SOCIAL: ENTRE LA — DIMENSIÓN HUMANA — Y EL EJERCICIO ÉTICO DE SU PROFESIÓN

DR. JOSÉ LUIS DA SILVA¹

a.- Introducción

El trabajo que estamos presentando busca, a través de sus líneas, convencer al lector de lo complejo que resulta hablar de valores en el mundo global de la comunicación y del papel ético de sus profesionales. Nuestros tiempos no soportan la imposición de preceptos, inclusive si éstos se presentan como buenos. Será más aconsejable, ante una realidad plural y vertiginosa, ser crítico, reflexivo y dialogante que canónico, impositivo y fervoroso creyente en materia política o religiosa. Más que decir lo que es bueno para una mayoría o minoría, sería menester considerar la posibilidad de concitar el encuentro plural con el objeto de acometer lo que corresponde hacer, sin caer en la casuística y, mucho menos, en una doble moral. Para ello, el sujeto que soy, y que Paul Ricoeur (2006) llama el sí mismo como otro, no es posible sin la presencia y el reconocimiento del otro en el proceso narrativo y discursivo. El otro, al igual que el yo narrador, debe estar presente en la escritura, en el discurso, en la imagen, en el pensamiento, etc., de lo contrario se correría el riesgo de caer en el olvido y en el desconocimiento de lo que significa la semejanza, la igualdad, y el reconocimiento. El otro no es sólo un nombre, también posee familia, anhelos, conocimientos y un oficio, de ahí la necesidad de gestar un diálogo que, sin olvidar la compleja dimensión humana, comprenda el puesto que para nuestra sociedad tiene el hecho de ocuparse en la vida de algo, mediante un trabajo; hablamos sin discriminación de cualquier profesión que garantiza que esa ocupación está siendo cubierta por alguien que sabe lo que hace. Profesional que atiende con conocimientos de causa los requerimientos de una sociedad que así lo demanda.

Asimismo, el papel que le toca asumir a la ética, a saber: inculcar un mínimo de herramientas críticas con la pretensión de que todo individuo sea capaz, por lo menos en principio, de universalizar sus intereses con la intención de incorporar al otro en sus proyectos de vida, debe ser retomada e incorporada en las discusiones

¹ Director del Centro de Investigación y Formación Humanística (CIFH) de la Universidad Católica Andrés Bello. Director de la revista *Lógoi de Filosofía*. jdasilva@ucab.edu.ve

formativas del aula de clase. Afán que no termina en el aula, sino que debe extenderse a la familia, a la iglesia, al foro político, a la esfera comercial, etc.; de ahí que la lucha sea constante y el diálogo interdisciplinar indispensable para nutrir las experiencias que civilicen al individuo. En este contexto, el reto de todo profesor de ética en general, y de ética profesional en particular, consiste en señalar al estudiante de pregrado, al profesional de postgrado y al ciudadano de la calle, que la ética no queda circunscrita a los conocimientos tradicionales que la sustentan. Su rol gravita en torno a la necesidad de mostrar que el hecho de ser mejores no es tarea fácil y rápida. Es una lucha que se libra día a día, con diálogo y pensamiento crítico; es decir, lo más alejado posible de la imposición y la violencia. La Universidad, en estas condiciones, resulta el lugar privilegiado para mostrar la dificultad que tiene todo pensamiento cuando pretende ser único y verdadero, no hay un solo maestro sino múltiples profesiones que se entroncan para reflejar la realidad de una sociedad, en un determinado momento y lugar.

Enseñar ética profesional en la universidad no consiste, ni nadie pretende que consista, en esparcir moralina sobre las prácticas y usos profesionales. El reto que plantea la enseñanza de una ética profesional en la universidad es ofrecer una verdadera enseñanza ética reflexiva y crítica sobre el saber y el quehacer profesional, una ética que intente orientar las conductas profesionales pero entroncando con el pensamiento ético actual e intentando establecer un diálogo interdisciplinar con los saberes especializados en los que se basa el ejercicio de cada profesión (Hortal: 2004, 15).

El compromiso del docente que imparte conocimientos procedentes de la ética tiene una doble responsabilidad: por un lado, la obligación de manejar los conceptos, principios y autores propios de la ética fundamental, por el otro, estar consciente que dichos conocimientos deben traducirse en lenguaje que facilite su aplicabilidad efectiva en una sociedad caracterizada por la multi-diversidad de aspiraciones, tradiciones y oficios.

b.- La dimensión humana

Desde siempre el hombre ha considerado que el sentido de su vida no podría establecerse a espaldas del mundo que lo rodea. Inclusive, a través de su estancia mundana descubre las razones de su existencia. Algo más, su permanencia en el mundo cobra dignidad cuando toma conciencia de la importancia del otro con el cual comparte alegrías y tristezas. Bajo este panorama tendemos a pensar que el ser

humano es capaz de medir todo aquello que lo rodea, evaluándolo, transformándolo y valorándolo. Hablamos de una serie de proposiciones que van delatando lo que puede considerarse, sin ahondar mucho en los términos y atributos, una definición aproximada del hombre. Somos pensantes, sintientes, imaginativos, trabajadores, sociales, comunicativos y muchas otras cosas más, pero ¿a qué se deben todas estas dimensiones y para qué nos pudiesen servir? Primero, ellas muestran la riqueza humana y, segundo, ellas manifiestan su complejidad en la imposibilidad de vivir a espaldas del mundo y de los demás.

Cuando Kant se preguntaba por el hombre, ya advertía tres preguntas previas, que al ser respondidas, ofrecían aproximaciones a la más importante y a la que en definitiva quedaba toda pregunta supeditada: "1ª ¿Qué puedo yo saber?, 2ª ¿Qué debo yo hacer?, 3ª ¿Qué se necesita esperar?, 4ª ¿Qué es el hombre?(...)" (Kant: 2000, 92). Como es ya sabido, cada abordaje posee su campo metodológico y teórico de acción, aunque el fin al que apuntan siempre es el mismo: el hombre. De alguna manera, esta tarea reflexiva es propia del filósofo, porque cada pregunta apunta a un tema que le concierne a la Filosofía, a saber: la metafísica, la moral y la religión, para desembocar en una fundamental, la antropología. Pero hoy dicha tarea no se circunscribe al mundo de la Filosofía, el profesional de la comunicación social con todos sus estudiantes, por citar el ámbito que nos incumbe en este escrito, no puede eludir formular esta pregunta y renglón seguido encontrar una respuesta satisfactoria.

Las preguntas formuladas por Kant indican un propósito existencial muy claro: la imposibilidad de responder de una vez y para siempre lo preguntado. Más bien se invita al cuestionamiento sin fin, pero formador. Un cuestionar que sirve para alertar lo difícil de abordar, cuestionar o enjuiciar al ser humano en todas sus dimensiones. Podemos considerar que las preguntas son una ruta de camino por la cual ocuparnos el resto de la vida. Inclusive, para aquellos que no tienen tiempo porque el trabajo les agobia, pues con mayor razón, éstos no pueden eludir la tarea de procurar respuestas que satisfagan el sentido y valor moral de sus vidas.

Asimismo, existen otros modos de preocuparse por la existencia humana entre los que destaca el hecho de ocuparse en algo que puede ser de interés, provecho o satisfacción material o espiritual. Hablamos del trabajo. En este sentido, el aprendizaje de un oficio no remunerado o de una profesión que perciba honorarios sirve para que muchas personas le encuentren un sentido a la vida, y una justificación para estar junto a sus semejantes. Pero aún, en estas circunstancias, el correcto

cumplimiento del trabajo no es suficiente, hay que hacerlo correcta y humanamente bien, es decir, considerando la dignidad humana en toda su extensión.

La famosa frase colocada en el frontispicio del templo de Delfos: "conócete a ti mismo" (*gnothi seauton - nosce te ipsum*) no ha perdido vigencia con el transcurrir de los tiempos. En sus inicios esta expresión tenía por estratagema, entre otras, alejar a los hombres de la superstición. Se trata de una oración emblemática para la Grecia clásica y, en especial, para Sócrates, quien entre sus contemporáneos, la puso en práctica llevándola hasta sus últimas consecuencias. Éste la aprovechó para decretar que el hombre es un ser dispuesto a constatar la realidad mediante el conocimiento; en consecuencia, debería tanto interiorizar como exteriorizar la frase con el fin de procurar respuestas sobre la ética, la política y la ciudad. La tarea no queda reducida a la interioridad de cada quien, sino que debe formularse en los espacios públicos, preguntando y discutiendo con los otros. Esto último es válido cuando se sospecha sobre la imposibilidad de una verdad única y universal.

Cuidarse cada quien de pensar sobre el valor moral de su vida, atendiendo que nadie tiene el monopolio de la verdad merece algo más que un simple saludo a la bandera. Las proposiciones que invitan a la reflexión moral funcionan más como un recordatorio de tarea no hecha, impostergable e intransferible, que cada ser humano ha de atender y cuidar, so pena de perderse en la multiplicidad de imágenes y mensajes que violentan su individualidad. Sin embargo, en la gran mayoría de las veces queda como una asignatura pendiente en la vida de millones de personas. Queda siempre la posibilidad de pensarlo, porque no podemos concebir la condición humana sin la capacidad de pensar, aunque no se ejerza.

Resulta indudable y destacable, tanto ayer como hoy, la capacidad indiscutible del hombre para pensar y pensarse para comprender más y mejor lo humano, el mundo natural y el cultural. No olvidemos que en la décima edición de *Systema Naturae* (1735) de Carlos de Linneo aparece catalogado el hombre como *homo sapiens*, inspirado en la inscripción griega. Consideraba el autor que clasificarlo de esta manera le daba, frente a los demás animales, preeminencia indiscutible en el orden de la naturaleza, indicando que la capacidad de conocer y pensar eran exclusivas del ser humano.

Le sigue en orden de reconocimiento el adjetivo de animal social (*zoon politikon*). "La razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra (...)" (Aristóteles 2001,

8). "Nada en vano" quiere decir que la finalidad del hombre radica en actuar en sociedad valiéndose del lenguaje como vehículo de comunicación. Este actuar o *praxis* manifiesta el fin de toda naturaleza humana, por encima de todo actuar o *poiesis* que mira el producir un objeto determinado.

Si escribimos un poema, transcribimos un documento antiguo, o lo damos a conocer a nuestros semejantes, estaríamos actuando en los términos de la *poiesis*, es decir para un fin determinado; en tanto que usamos las palabras porque naturalmente recurrimos a ellas para manifestar nuestra condición social y política. No nos viene el aislamiento, ni la soledad, y mucho menos la apatía. En cuanto seres sociales intervenimos en nuestro entorno y no puede ser de otra manera por ser ese nuestro fin (*telos*), que de paso es bueno, ya que enuncia la característica que diferencia al hombre del resto de los animales, al tiempo que sirve para mostrar la facultad corporativa del hombre. Por ello, la ciudad es tan importante y vital para la vida del hombre, le es imposible mantenerse en un estado de naturaleza, agresividad e incomunicación:

En todo existe por naturaleza la tendencia hacia tal comunidad, pero el primero que la estableció fue causante de los mayores beneficios. Pues así como el hombre perfecto es el mejor de los animales, así también, apartado de la ley y de la justicia, es el peor de todos (Aristóteles: 2001, 11).

Si el ser humano olvida el fin último de su obrar, estaría contraviniendo lo que por esencia le es más común y propio, de allí que se convertiría en un ser peligroso para la sociedad en particular, y la naturaleza, en general. El hombre aristotélico no es asocial y apolítico, eso sería ir en contra de su condición primera y fundamental.

Una dimensión que no se puede obviar es la de *homo faber*. En ésta se alude a la condición fabril y de trabajo que acompañan la existencia humana. El más simple instrumento y la más elaborada de las mercancías encuentran su expresión más apropiada en el trabajo que ejecuta cualquier sujeto. Para muchos autores el fin del hombre está en el trabajo. Dada su capacidad para manipular hábilmente logra aprender un oficio de utilidad social. Inclusive llegar a ejercer una profesión para ganarse la vida dignamente. El hombre visto desde su hacer muestra una faceta importante y muy estimada a lo largo de la historia.

Hesíodo, por ejemplo, nos canta el valor insustituible del trabajo para evitar el hambre, la indolencia y la desidia, lo que conllevaría a la destrucción del hombre y de la sociedad. En el texto *Los trabajos y los días* podemos observar el valor que el

autor concede al trabajo y el descrédito en el que cae todo aquel que se desentiende de hacer lo que le corresponde si no quiere pervertirse y ser una carga para la sociedad.

Los Dioses y los hombres odian igualmente al que vive sin hacer nada, semejante a los zánganos, que carecen de aguijón y que, sin trabajar por su cuenta, devoran el trabajo de las abejas. Séate agradable trabajar útilmente, a fin de que tus graneros se llenen en tiempo oportuno. El trabajo hace a los hombres opulentos y ricos en rebaños, y trabajando serás más caro a los Dioses y a los hombres, porque tienen odio a los perezosos. No es el trabajo quien envilece, sino la ociosidad (Hesíodo: 2001, 14).

El hombre se convierte, de esta manera, en un ser previsor, generador de bienestar y capaz de establecer las bases para la convivencia pacífica. Su disposición para el trabajo le hace ver lo provechoso de algunos valores como la justicia y el diálogo conciliador.

Una visión menos edulcorada del *homo faber* lo presenta Hannah Arendt al dejar traslucir el modo de vida medido a través de los procesos de producción, de ahí que el trabajo se convierta en un medio para la generación de artefactos. La autora añade a la condición de hacer, la del *homo laborans*, atento a satisfacer las necesidades básicas de manutención (Arendt: 1993, 109), como también incorpora la *vita activa*, debido a que sólo bajo esta figura encontraría el ser humano su verdadera condición, a saber: potenciar sus iniciativas más allá de las necesidades y de los artificios con el fin de gestionar políticas que medien en lo público. De esta manera, el hombre se descubre distinto, y por ello, capaz de aceptar la pluralidad y con ello la necesidad de producir discursos para entenderse.

La pluralidad humana, básica condición tanto de la acción como del discurso, tiene el doble carácter de igualdad y distinción. Si los hombres no fueran iguales, no podrían entenderse ni planear y prever para el futuro las necesidades de los que llegarán después. Si los hombres no fueran distintos, es decir, cada ser humano diferenciado de cualquier otro que exista, haya existido o existirá, no necesitarían el discurso ni la acción para entenderse (...) (Arendt: 1993, 200).

Se desprende de esta cita la condición activa del ser humano en el que su hacer debe dirigir sus mejores esfuerzos a la construcción de un mundo políticamente plural y discursivo; asunto que debemos recordar cuando toquemos el apartado dedicado al rol del profesional en los medios de comunicación.

Otro atributo definitorio del ser humano es su disposición para construir reglas con el propósito de jugar sin procurar trascender en el tiempo, ni obtener provecho más allá del esparcimiento. Su exponente más conocido es Johan Huizinga. Al hablarnos del *homo ludens*, el autor coloca sobre el tapete aspectos que no pertenecen exclusivamente al mundo biológico, pero tampoco con exclusividad al mundo espiritual, más bien es una mezcla de ambos que da como resultado la cultura.

La posibilidad de combinar criterios y conceptos eximiéndolos de compromisos es natural en el ser humano. Idear nuevas formas de asociar normas y reglas que no se conforman con la preservación de leyes eternas sino con la vitalidad que exige una continua renovación, mediante el rompimiento y la soltura inherente al hecho de jugar. En este sentido expresa el *homo ludens* la emoción y el ánimo para construir un mundo diferente del natural, con una estética y sentido propio. Desde esta instancia, la relación con el otro se enriquece dado el papel formador de la cultura, el juego vendría a enfatizar una realidad de la que no puede escapar la condición humana:

(...)el juego, en su aspecto formal, es una acción libre ejecutada "como si" y sentida como situada fuera de la vida corriente, pero que, a pesar de todo, puede absorber por completo al jugador, sin que haya en ella ningún interés material ni se obtenga de ella provecho alguno, que se ejecuta dentro de un determinado tiempo y un determinado espacio, que se desarrolla en un orden sometido a reglas y que da origen a asociaciones que propenden a rodearse de misterio o a disfrazarse para destacarse del mundo habitual (Huizinga: 1984, 26).

El hombre lúdico es aquel capaz de asociar ideas entre sí, juntándolas para construir un mundo más acogedor donde el encuentro y las reuniones fortalecen el uso del lenguaje y la convivencia pacífica entre los seres humanos. Sería difícil deslindar al ser humano de su disposición para el esparcimiento, el recreo y el juego. Estaríamos cercenando su capacidad de ofrecer visiones de mundo diferentes, creadoras de cultura, tradición y gestualidad. Obviar esta facultad sería desconocer la riqueza de la naturaleza humana, capaz de respetar tanto la ley como los juegos que las modifican.

En la actualidad nos encontramos con una dimensión que, de no atajarse a tiempo, pudiese llegar a tener consecuencias poco deseables para el sano desenvolvimiento de las sociedades. Nos referimos al *homo videns* de Giovanni Sartori (2005). El avance tecnológico en el campo de las comunicaciones ha descubierto dos situaciones que no se pueden obviar: primero, las informaciones se transmiten con tal rapidez que hacen casi imposible evaluar la importancia y pertinencia de lo transmitido, quedando en un lapso breve de tiempo totalmente obsoleto como

materia de discusión. La continua actualización del presente dificulta la existencia del pasado, al tiempo que no resulta descabellado decir que el futuro es presente, gracias a la globalización y la digitalización de la información. La comunicación se reduce al establecimiento de redes mediáticas cuyo mérito se circunscribe a corroer toda resistencia institucional. Fortalecer el flujo indiscriminado de datos se entiende como una tarea prioritaria y, por momentos, amparado por la libertad de expresión e información a través de los organismos regionales e internacionales. Cualquier resistencia o llamado de atención se califica como censura o falta de apertura. Segundo, el *homo sapiens* se transforma en *homo videns*, que deja a un lado el carácter connotativo del lenguaje por uno más denotativo. En estas condiciones, la imagen televisiva arrastra más que cualquier otro medio. Sólo las imágenes logran estatus de existencia. Además, las imágenes exigen a su portador de ofrecer explicaciones, lo que produce un empobrecimiento de las culturas, de los lenguajes y de la capacidad abstractiva y conceptual del ser humano.

...lo que nosotros vemos o percibimos concretamente no produce “ideas”, pero se inserta en ideas (o conceptos) que lo encuadran y lo “significan”. Y éste es el proceso que se atrofia cuando el *homo sapiens* es suplantado por el *homo videns*. En este último, el lenguaje conceptual (abstracto) es sustituido por el lenguaje perceptivo (concreto) que es infinitamente más pobre no sólo en cuanto a palabras (al número de palabras), sino sobre todo en cuanto a la riqueza de significado, es decir, de capacidad connotativa (Sartori: 2005, 56).

Sobre esta dimensión, vista como un peligro para las democracias, por cuanto disminuye la capacidad reflexiva inherente a todo argumento y diálogo, volveremos más adelante cuando hablemos del panorama ético que tiene ante sí el profesional de la comunicación.

Finalmente, debemos dedicar unas líneas al *homo symbolicus* de Ernst Cassirer (1984), por cuanto demuestra la capacidad del hombre de simplificar el conjunto infinitamente inabarcable de los datos de la experiencia en fórmulas simples, convencionales y transferibles en el cotidiano acontecer de la vida humana. Se trata de los símbolos mediante los cuales el hombre es capaz de mediatizar y enriquecer todo lo que sucede a su alrededor. La realidad se convierte en una trama que puede ser leída en clave artística, política, religiosa, filosófica, y en definitiva, comunicable. El mundo simbólico necesita del otro para su existencia. El relato sin el debido acompañamiento de la imagen no existe, no es pertinente y por ello realidad de la que se puede prescindir. En cambio, la imagen, aunque sea truncada o simulada existe y es real e inobjetable.

Se ha llamado al hombre animal simbólico, y en este sentido, no solamente el lenguaje verbal sino toda la cultura, los ritos, las instituciones, las relaciones sociales, las costumbres, etc., no son otra cosa que formas simbólicas (...) en las que el hombre encierra su experiencia para hacerla intercambiable; se instaura humanidad cuando se instaura sociedad, pero se instaura sociedad cuando hay comercio de signos (Cassirer: 1984, p. 27).

Quedarán en el tintero dimensiones como: *homo oeconomicus*, *homo demens* de Edgar Morin, *homo religiosus*, *homo ridens*, *homo viator*, *homo loquens*. Tales abordajes distorsionarían el propósito y extensión de este escrito.

Lo que debemos retener de este panorama es lo siguiente: el hombre cognitivo, pero también vidente, racional al tiempo que lúdico, integralmente social y político en su proceder, y simbólico, deja en evidencia su disposición innata de comunicarse. Queda, pues, ver si esta realidad puede y debe ser reglamentada, asesorada y guiada por expertos y profesionales de la comunicación, o dejada al real entender de cada quién la factibilidad de relacionarse. La menor o mayor distorsión en las relaciones comunicacionales mostrará el tipo de sociedades en la que se vive; a mayor importancia por los murmullos y el amarillismo, menores posibilidades de respeto por la ley y consideración por el otro. Lo contrario, a saber: unas fuentes confiables y verificables de información junto con el apego a procesos de autorregulación, dará por resultado sociedades con capacidad de ofrecer respuestas más acordes con la dignidad humana y la defensa del medio ambiente.

c.- El lugar del trabajo en la vida humana y el rol del profesional

c.1. El trabajo

El deseo, el apetito y el disfrute son atribuciones inobjetables en la vida de todo ser humano. No es descabellado afirmar que el hombre es un ser que apetece, y en este sentido cualquier cosa despliega con mayor o menor intensidad su encanto o, lo que es lo mismo, todo objeto natural o artificial existe para ser contemplado, tocado y, en lo posible, consumido. En la *Fenomenología del espíritu* –escrita por Hegel– el apartado que mejor deja traslucir el juego de las apetencias es aquél que se da inicio en el apartado titulado: “Dialéctica del amo y el esclavo” (1982). En sus líneas se describen dos sujetos –Hegel los registra como el encuentro de dos “autoconciencias”– inclinados por sus respectivas apetencias y placeres; cada uno ve al otro como objeto de deseo y no un sujeto al que puede reconocer como igual.

Esta situación desemboca irremediablemente en un enfrentamiento. Obviando varios pasos, observaremos el triunfo del uno sobre el otro. El perdedor, llamado esclavo, para salvaguardar su vida, cumple las órdenes que le dicta el ganador, llamado amo. Acatar las órdenes significa, en breves palabras, domesticar los deseos y apetencias; esto puede interpretarse como la interiorización de la voluntad del amo en la persona del esclavo. Esta realidad queda legitimada por el temor ante la muerte por desacato. En estas condiciones el miedo induce al esclavo a minimizar sus deseos, apetencias y placeres, demostrando ser capaz de formarse para el trabajo. En estas circunstancias, tal realización consiste en transformar el entorno silvestre para el disfrute y beneplácito del amo. Este trabajo resultará, a la vista de Hegel, la puesta en escena del camino del hombre para su necesaria formación en el mundo, de cuyo aprendizaje quedan varias cosas, entre las que destaca, para nuestro interés, la domesticación individual de los placeres y el deseo, por una parte, y por la otra, la posibilidad de incorporar el trabajo como un modo de vida.

Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida, paso éste que se haya condicionado por su organización corpórea. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material (Marx, Engels: 1982, 190).

Al hecho de transformar la realidad para utilidad y beneficio de los hombres se une la facultad para producir los medios de vida. La necesidad de procurar dicho sustento define con propiedad a los humanos frente a los animales, tal y como lo acotan Marx y Engels en *La ideología alemana* (1982). Cuando el hombre produce para satisfacer sus necesidades básicas, está generando la estructura material para su mantenimiento. De ahí que el trabajo, al trastocar la naturaleza para uso y medida del hombre, también está constituyendo un mundo material en el que se corre el riesgo de reducir el sentido de vida a lo económico. Suponer que el hombre es sólo un ser dado para el trabajo trae como consecuencia la posibilidad de olvidar o, en todo caso, minimizar su condición sapiencial, lúdica, simbólica, religiosa, comunitaria, entre otras.

Esto en lo que se refiere brevemente al trabajo como transformador de la naturaleza y formador de un ser que mediatiza sus deseos adquiriendo un cuerpo de disciplina con el fin de constituir modelos sociales. Lo importante es no dejar que estos modelos queden supeditados al trabajo como eje fundamental. Toda labor debe servir para enriquecer la vida de todos sin exclusiones. Por ejemplo, el

trabajador de la comunicación está en la obligación de preparar sus informaciones de tal manera que, por muy trágico que sea la nota o imagen a transmitir, produzca en el destinatario la necesidad de luchar por un mundo mejor, a pesar de los pesares.

Queda por manifestar un aspecto del trabajo muy característico del siglo XX, el cual se mantiene hasta nuestros días. La vida del hombre se construye en razón del trabajo y todo lo que no pueda inscribirse bajo esta clasificación puede ser descartado. "El trabajo no es, por tanto, actividad en general, sino que es la expresión de un ser especial que intenta llenar su espacio propio, henchir su tiempo propio, cumplir sus leyes propias. De ahí que el trabajo no conozca nada que se le oponga fuera de sí, (...)" (Jünger: 2003: 90). Este replanteo induce a un necesario reacomodo en los modos de ver y estar en el mundo, al dejar al descubierto que se vive para trabajar y no trabajar para vivir. Si bien es cierto que el autor en cuestión se refería al trabajador fabril, lo citado guarda relación con una visión en la que resulta imposible disociar hombre y trabajo. Más que retomar el sendero del *homo faber* en su hacer y transformación de la naturaleza, se trata de entender las cosas desde la cuadrícula del trabajo.

El trabajo no tiene horario, y aquellos lugares que lo mantienen manifiestan una deficiencia institucional; en definitiva, una visión arcaica de la realidad. De ahí que el paso a la era tecnológica y un mundo globalizado indican el fin de una segmentación de las horas de trabajo. Puedo consultar los saldos de mi cuenta bancaria a cualquier hora del día si cuento con las herramientas tecnológicas para ello. Puedo comprar por Internet cuando me plazca, con la ventaja de no ver en la distancia un impedimento para satisfacer mis deseos. Puede contestarse correos, formular proyectos, solicitar consultas a cualquier hora, y recibirlas también a cualquier hora y momento. Un medio de comunicación está conciente hoy, mucho más que ayer, que no puede reposar con el fin de recuperar fuerzas, debe mantenerse activo las veinticuatro horas de los trescientos sesenta y cinco días del año. La jubilación no sólo es el retiro del trabajo sino de la vida misma, es el inicio de la despedida de este mundo, para el que debemos preparar al hombre-trabajador, sin importar si sus oficios son intelectuales o manuales. El jubilado es como el jarrón chino que no tiene lugar en el entramado social, su lugar está en el cuarto-depósito, esperando pasar a mejor vida. Toda visión desde el no-trabajo queda desautorizada o desvalorizada. En el mundo de la comunicación no tener nada que informar u opinar en poco más que la muerte en vida.

c.2. Los profesionales

En *El origen de las profesiones*, escrito a principios del siglo XX, Herbert Spencer (1820-1903) nos señala que las formas más primitivas de profesionalización se encuentran en aquellas estructuras en las que se observa la presencia de un director o jefe, cuya función consistía en defender o mantener, a conveniencia de las partes comprometidas, la vida, estabilidad e identidad social del grupo. Defensor de un positivismo evolucionista anclado en las instituciones, Spencer nos sugiere que los oficios políticos y eclesiales fueron los que más rápido comprendieron las necesidades sociales aportando soluciones útiles: como defensa y resguardo ante posibles ataques, como también la serenidad que puede otorgar un mundo moral y espiritual pleno. Con el tiempo este ejercicio fue ganando autoridad, distinción y conocimientos privilegiados que eran transmitidos de generación en generación por un grupo selecto y privilegiado de la sociedad; muchas veces estos favores quedaban restringidos a la casta de los gobernantes. Sin embargo, las sociedades se van volviendo cada vez más complejas, demandando mayor atención a sus problemas. Las instituciones solicitan de sus integrantes que tengan la capacidad y responsabilidad de manejar habilidades y conocimientos cada vez más complejos. De esta manera, queda ya debidamente perfilada la razón de ser de las profesiones, a saber, la conveniencia para ejercer un conocimiento en un momento dado, la autoridad de ejecutar que distingue a unos frente a otros y la especificidad garantizada por la instrucción impartida para ejercer un oficio en particular. "Entre las actividades ocupacionales las profesiones se distinguen por suponer una dedicación asidua a una actividad especializada. Los profesionales son aquellos que se ocupan de hacer lo que no todos hacen o se dedican a hacer. Puede haber otros que lleven a cabo las mismas actividades; si no son profesionales es que las harán de forma esporádica, lúdica o festiva y por lo general menos competente (...)" (Hortal: 2004, 36). Queda desplazado el advenedizo, el diletante que a ratos demuestra su pasión, pero sin demostrar experticias y conocimientos requeridos para la solución de un problema mecánico o intelectual.

Visto el trabajo como plataforma de acción que lo abarca todo, sin dejar espacio para pensar legítimamente la vida desde otra perspectiva o sustento, quedan justificados los profesionales que se inscriben en la especificidad de una labor, trabajo o asignación. La ocupación clasifica y determina en su hacer al trabajador, mostrando sus habilidades y conocimientos adquiridos a través de un proceso de acompañamiento y certificación, propio de las instituciones educativas y establecimientos que requieren de aprendices con voluntad de iniciarse en un oficio para la vida. Ocupar los espacios y los tiempos en su máxima especificidad

encargando a los tecnólogos la tarea de minimizar toda posible contingencia. Asumir en lo individual y en lo colectivo las competencias necesarias para ofrecer las respuestas que demandan un mundo cada vez más volátil. Esta situación requiere de formación y tiempo para aprender satisfactoriamente conocimientos, técnicas y destrezas, lo que deja entrever que no se puede cambiar de profesión todo el tiempo. No cabe pensar seriamente, ni remotamente, en un Mr. Rippley de la profesión porque sería considerado un estafador. El comunicador social no puede ser experto en cultura, deporte, política, religión, publicidad, cine, etc. Tiene que cultivarse en un área muy específica. Ya no es suficiente cubrir la noticia, ante una eventualidad, sólo el experto tiene la palabra.

d.- Las exigencias a las que debe someterse todo profesional de la comunicación

Modificando sin traicionar algunas de las recomendaciones que nos hacen Bill Kovach y Tom Rosenstiel en *Los elementos del periodismo* (2004), podemos decir que el profesional del periodismo en particular y el comunicador social en general han de tener presente que la primera de las obligaciones consiste en no distorsionar la realidad que ve y oye. Es una manera de preservar la verdad, sin pretender erigir una bandera ideológica que termine por desvirtuar la riqueza de los acontecimientos, relatos y documentos. Es un colocarse en el zapato del otro y prever que la transmisión de la información no lo irrespete. De esta manera estaríamos conformando una comunicación que resguarde el respeto por la vida y el pensamiento. En términos kantianos, estaríamos hablando de la posibilidad de universalizar mi voluntad, mediante la razón, para hacer del otro una persona moralmente digna. Ello debe servir por igual para los temas noticiosos, de entretenimiento y publicitario.

Por lo tanto, se han de establecer procedimientos de verificación confiables cuyo fin descansaría en la construcción de una objetividad otorgada por los receptores. De esta manera, sería posible establecer las bases para la veracidad informativa. El tratamiento que recibió la Guerra de Cuba al final del siglo XIX (1898) por los editores de dos de los más importantes diarios norteamericanos² sirve para ilustrar la importancia que tiene la objetividad ante la avalancha de noticias construidas con el único objeto de ganar dinero. La lucha entre Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst ha sido contada mil veces. Cómo mantener un mínimo de apego a la realidad, sin caer en la alarma, ficción o mentira para justificar los

2 *The New York World*, y *The New York Journal* respectivamente.

ingresos económicos de un medio de comunicación, del cual el usuario sería un simple medio para alcanzar un fin crematístico. Es un tema sobre el que se han invertido toneladas de papel y tinta. La verificación consistiría en un acercamiento a los acontecimientos jerarquizando las opiniones, los documentos y los hechos, buscando constatar que lo recopilado no sea objeto de rumores o falsos testimonios. Esto en lo que se refiere al mundo periodístico; para el publicitario constatar que los atributos de la marca o producto que se está promocionando no sean falsos o avalados por contenidos de dudosa procedencia. Una vez más hay que ponerse en los zapatos del consumidor para evitar toda posible estafa. Sabemos que esto no es fácil y la propia competencia muchas veces, estimula las informaciones a medias, pero es un reto ineludible para los comunicadores y publicistas.

El ejercicio profesional del comunicador social debe servir para justificar sus expectativas de vida. Me explico: toda persona tiene intereses espirituales y materiales, válidos por igual. Se trata de precisar que algunas aspiraciones no desvirtúen el valor de las otras. Lo espiritual no es más importante que lo material y viceversa. No se puede constituir una biografía sin contar con esperanzas, con escalas de valores espirituales y materiales en concordancia o equilibrio. La dignidad no tiene precio, aunque se requiere un mínimo de independencia económica para concretar un proyecto de vida. El camino consiste en transitarlo procurando la estabilidad entre los opuestos.

Por su parte, y siguiendo las recomendaciones de Arantza Echaniz y Juan Pagola en su *Ética del profesional de la comunicación* (2004), podemos resaltar la importancia que tiene todo profesional de actuar con conciencia y responsabilidad. Los autores hablan de formar la conciencia (133) debido a que el compromiso social del comunicador, no queda excusado por la ligereza de una opinión. Lo dicho no queda en saco roto, hay siempre receptores, y por ello la responsabilidad no se puede rehuir. El carácter formador del comunicador es inobjetable. El comunicador, en tanto figura pública, debe tener presente que su actuación es un ejemplo a seguir.

La no comprobación de una información es una práctica que debe evitar el profesional de la comunicación. Lamentablemente la velocidad y cantidad de los hechos permite que estas cosas sucedan, pues es aquí cuando el comunicador ha de mostrar su honestidad y profesionalismo. Labrarse un lugar respetable en el mundo de las comunicaciones requiere verticalidad ante las propuestas deshonestas. Un examinarse a fondo con el fin de saber lo que se quiere ser como persona y como profesional; y después de ello, saber en estas condiciones si es posible mantener las

relaciones sociales y profesionales sin perder autonomía, y por supuesto, la dignidad humana, sin la cual sería poco lo que podríamos exigir al próximo.

El secreto profesional de resguardar las fuentes resulta un valor estimable y por demás característico en el mundo de la comunicación social. Saber utilizarlo es garantía de información confiable que puede llegar al público sin poner en riesgo el sujeto de la fuente. Además, resulta indispensable exigir seguridad y discreción a la fuente, ya que lo anunciado acostumbra golpear algún centro del poder económico, político o social. Posiblemente es el resguardo de la fuente que logramos observar una diferencia importante entre moral y derecho. Un juez puede considerar la posibilidad de sancionar judicialmente al comunicador si éste no descubre su fuente, y éste abstenerse por principios ético, que coloca por encima de la jurisprudencia.

En el desarrollo de la actividad diaria, el secreto profesional abre puertas, preserva la discreción de las fuentes y genera mayor confianza con el informador. El periodista ha de cuidar de forma muy especial estas fuentes porque pueden proporcionarle, de cara al futuro, una mayor información que permita construir con más detalle la sucesiva narración de los mismos hechos (Echaniz, Pagola: 2004, 135).

Finalmente, el comunicador no debe olvidar que forma parte de un gremio al que se debe en su profesión e integridad. Su papel no se circunscribe a defender los valores que acompañan la libertad de expresión e información. La confiabilidad de la información debe ser el norte de toda labor comunicativa. En el caso de los profesionales por partida doble, primero para ganar el aprecio del público que le otorga objetividad por su profesionalismo y segundo, por sus colegas, al verse reflejados en las acciones acometidas de manera justa y equilibrada, por cada uno de manera específica en su profesión. La mácula de uno es el pecado de todos. Sabemos que esto no es cierto, pero la conducta errática en el mundo profesional genera desconfianzas que son muy difíciles de remediar. Esto, claro está, no es exclusivo de los gremios de periodistas y comunicadores, es extensivo a la totalidad de las profesiones. Pero el simple hecho de exponerse a los espacios públicos los hacen más visibles y, por lo tanto, profesionales con una cuota de responsabilidad mayor.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah. (1993). *La condición humana*. Madrid: Paidós.
- Aristóteles. (2001). *Política*. Madrid: Gredos.
- Cassirer, E. (1984). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica
- Echaniz, A., Pagola, J. (s/f) *Ética del profesional de la comunicación*. Bilbao: Desclée De Brouwer
- Hesíodo, (1990). *Teogonía, trabajos y los días. Escudo. Certamen*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hegel, G. W. F. (1982). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hortal, A. (2004). *Ética de las profesiones.*: Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Huizinga, J. (1984). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jünger, E. (2003). *El trabajador. Dominio y figura*. Barcelona: Tusquets.
- Kant, E. (2000). *Lógica. Un manual de lecciones*. Madrid: Akal.
- Kovach, B. Rosenstiel, T. (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: Santillana.
- Marx, Karl., Engels, F. (1982). *La ideología alemana*. La Habana: Pueblo y Educación.
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sartori, G. (2005). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Santillana.